

CAPÍTULO III

NO DAR LA ESPALDA AL NAUFRAGIO: IDEAS PARA SEGUIR LEYENDO EL IMPOSIBLE PAÍS DE LOS FILÓSOFOS

Camilo Retana

*Uno nunca termina de leer, aunque los libros se
acaben*
R. Bolaño

Los libros son necesarios, pero no hablan solos
E. Olmi

Según Alexander Jiménez uno de los efectos de los discursos filosóficos conservadores nacionales es el cierre narrativo del pasado y del futuro. Esto quiere decir que, de acuerdo a su criterio, una filosofía crítica tendría que abocarse una y otra vez a revisar y reinventar el pasado en función de abrir las posibilidades del futuro. También quiere decir que pasado y futuro no yacen herméticos y petrificados ante nuestra mirada, sino que son trocables por intermediación de las metáforas y la imaginación.

Quizá otro tanto ocurre con el acto de lectura. Como la historia, la lectura no es algo que ocurre de una vez y

para siempre. Los libros, y especialmente los libros que refieren procesos sociales, a menudo evocan nuevas significaciones con las coyunturas y los años. Tal y como ocurre con otros artefactos culturales, el libro está disponible para múltiples usos, revisiones e incluso reinenciones. En el caso de la filosofía crítica, los ejercicios de relectura resultan fundamentales, en la medida en que los textos nacen de situaciones y campos de fuerzas específicos que, luego, con el tiempo, varían. La labor interpretativa es, así, fundamental para que los textos sigan hablando con los años, una vez que el presente que refieren ha mutado. De hecho, podría decirse que la filosofía crítica constituye, en buena medida, un ejercicio del pensamiento que indaga, mediante conceptos, acerca de las posibilidades de imaginar nuevas interpretaciones y realidades posibles.

Pero esa labor imaginativa forma parte de un diálogo con una tradición o pasado de textos críticos que ofrecen herramientas para ello. En razón de ello, en este ensayo deseo presentar un acercamiento a la obra de Alexander Jiménez *El imposible país de los filósofos* (editada en 2002 por Ediciones Perro Azul y reeditada por la Editorial de la Universidad de Costa Rica en el 2015), precisamente en tanto texto de filosofía crítica. Deseo defender, asimismo, un acercamiento a ese libro –pero también realizarle un agradecimiento– en el que la clave interpretativa consista en tomarlo como parte de un diálogo hacia el pasado y una conversación abierta hacia el futuro. En este sentido, me interesa no tanto dar cuenta de lo que Jiménez dice en su libro, sino analizar lo que el mismo posibilita (y en especial lo que posibilita hoy, quince años después de su publica-

ción) en tanto instrumento para seguir pensando nuestro presente.

FILOSOFAR LA HISTORIA E HISTORIZAR LA FILOSOFÍA

Una de las advertencias que Jiménez realiza en *El imposible país de los filósofos* refiere al riesgo que entraña el oficio filosófico cuando se ejerce de espaldas al mundo. Partiendo de los análisis de Blumemberg, Jiménez recoge la imagen tantas veces revisitada de Tito Caro Lucrecio en la que un filósofo contempla un naufragio y se limita a constatar que se ha librado de una gran calamidad, en lugar de intervenir en ella.¹ La imagen resulta arquetípica porque ciertamente existe una larga tradición filosófica en la que el pensar finge indiferencia ante las cosas de este mundo (por supuesto, se trata de una posición difícil de sostener, puesto que cuando los filósofos piensan, lo hacen ya –sean o no conscientes de ello, lo quieran o no– desde un entramado histórico, político, institucional y económico que los condiciona y los limita; solo cuando el pensamiento reflexiona sobre sus propias condiciones de producción y enunciación es, pues, cuando tiene la posibilidad de tornarse pensamiento crítico).

En el caso costarricense, existe una tradición detalladamente descubierta y cartografiada por el propio Jiménez –la del nacionalismo étnico metafísico– que ha hecho de esa posición indiferente hacia la vida social no solo un tipo de procedimiento metodológico, sino una especie de *ethos teorético*.² No se trata, tal y como insiste el propio Jiménez,

1 Sobre este asunto véase la parte final del libro de Jiménez. También el artículo de Helio Gallardo incluido en este mismo volumen.

2 El nacionalismo étnico metafísico es un dispositivo histórico o tradición discursiva que, según Jiménez, legitimó un proyecto de nación costarricense articulado en torno a criterios étnico/raciales.

de una postura de indiferencia accidental o de una desatención (Jiménez, 2005, p. 56), sino de un pensamiento que se inscribe dentro de un proyecto oligárquico y excluyente de nación en la que los filósofos operaron como una suerte de ideólogos.

Frente a estas pobrezaas de la filosofía oficial, Jiménez apela en su obra de forma continua a los estudios historiográficos, especialmente a los de Steven Palmer y Víctor Hugo Acuña. La recurrencia a la historia se da, pues, con el fin de compensar lo que Jiménez advierte como un déficit crítico: la incapacidad de los filósofos para observar con atención analítica la complejidad de su mundo. A saber: al vérselas con la tradición filosófica en la cual se formó, Jiménez requiere echar mano de otra cosa para enderezar el rumbo (o, mejor dicho, para discutirlo y repensarlo).

El movimiento, claro, no es nuevo. Algunos de los teóricos que aparecen con cierta regularidad en el libro y que alimentan algunos de sus gestos analíticos y giros comparten esa vocación hacia lo filosófico/historiográfico. Otros teóricos cuya influencia en *El imposible país de los filósofos* opera de un modo más tectónico y posiblemente también más decisivo –me refiero en concreto a Nietzsche y a Foucault, quienes apenas se mencionan en la obra aun cuando subyacen a la mayoría de sus argumentos– también llevan a cabo en sus obras esa combinación de histo-

Se trata de una sensibilidad filosófica situada a mediados del siglo XX –aunque con antecedentes y derivas posteriores– que postuló la nacionalidad costarricense a partir de ideales supuestamente inherentes al “ser” nacional, como la blancura, la racionalidad, el pacifismo y el individualismo.

ria y filosofía, acaso de un modo más orgánico.³ Foucault incluso proporciona la categoría “genealogía crítica” para pensar las imbricaciones posibles entre filosofía e historia. La genealogía crítica, según la definición foucaultiana, se refiere a la labor analítica que se pregunta por el modo histórico en que se ha llegado a configurar lo posible dentro de las coordenadas del presente. Se trata de indagar filosóficamente en la historia para dar con el recorrido ontológico/conceptual que nos ha hecho ser lo que somos.

Jiménez utiliza una combinación de ambos saberes, el histórico y el filosófico, de un modo muy similar al planteado por la tradición genealógica. Considero posible, en esta línea, leer la contribución de Jiménez como una genealogía –en su sentido nietzscheano/foucaultiano– de la filosofía costarricense. Me refiero al intento de *El imposible país de los filósofos* de realizar un entrecruzamiento en el que se desconfíe, tanto de las categorías filosóficas aparentemente desprovistas de sociohistoria –en el lenguaje de Jiménez se trata de categorías “metafísicas–, como de la falta de interés de los historiadores a la hora de emplear la imaginación y la creatividad metafórica.

Este último punto debe subrayarse, puesto que explica el hecho de que aún cuando Jiménez no se ahorra críticas para la filosofía costarricense, tampoco se desplaza

3 De hecho, si replicamos el procedimiento que Jiménez aplica a los filósofos del nacionalismo étnico metafísico y leemos su obra atendiendo al lugar institucional desde el que fue escrita –fundamental, aunque no exclusivamente, el contexto universitario–, podemos notar que las referencias indicadas no son una asociación libre de quien aquí escribe: en su faceta como docente Jiménez se ha encargado de enseñar seminarios sobre la obra de Michel Foucault; en torno a la obra nietzscheana; por otra parte, Jiménez editó el libro Nietzsche y la modernidad.

de forma definitiva hacia la historia. A saber, creo importante resaltar que en la astuta crítica trazada por Jiménez al nacionalismo étnico metafísico, la historia es, también ella, una herramienta limitada: "...los historiadores se ven sometidos a lo que un día fue y al trabajo de reconstruir mundos derrumbados. Pero no siempre reflexionan acerca de [los] límites de su oficio. En general realizan su trabajo sin considerar el sentido de algunos de sus procedimientos analíticos, ya sea porque lo consideran propio de otros ámbitos disciplinares o porque les parece una pérdida de tiempo. La realidad del pasado histórico, los problemas de la imaginación histórica, o la relación con el pasado como relación con una deuda no pagada, sólo excepcionalmente tienen un lugar en el horizonte de sus preocupaciones" (Jiménez, 2005, p. 48).

Esta falta de compromiso de algunos historiadores con el uso de la imaginación no es un dato menor. De hecho, revela una matriz común de las críticas de Jiménez a cierto modo de ejercer el trabajo intelectual. Me refiero a la pretensión de escribir y pensar desde una especie de "neutralidad ética" (Jiménez, 2005, p. 263) en la que el pensamiento y la escritura ni influyen ni se vinculan con lo que ocurre en la realidad social.⁴ Es decir que "no es lo mismo

4 Por supuesto, esa pretensión de neutralidad de los filósofos es un exabrupto y un modo de excusarse. En todo caso, se trata de un ideal tan indeseable como imposible de alcanzar, ya sea dentro como fuera de la filosofía. Los discursos que se pretenden neutrales acaban, lo quieran o no, circunscribiendo sentidos, recortando posibilidades y delimitando opciones. Dicho esto, cabe señalar que esa forma supuestamente desapasionada y desprovista de posicionalidad ético-política a la hora de producir y difundir el conocimiento es hoy propia, sobre todo, de la figura del "experto". El experto (por ejemplo el economista, el psicólogo, el comunicador, el

querer pensar una historia política como participante en ella que como investigador imparcial” (Jiménez, 2005, p. 135). Es cierto que esta crítica está dirigida, en principio, contra los nacionalistas metafísicos, pero en su distanciamiento con respecto a la labor de los historiadores, Jiménez sugiere que tampoco basta con mirar el pasado con mayor agudeza y precisión, sino que es menester, asimismo, construir otras matrices de sentido de cara al futuro.

La crítica filosófica, tal y como la dibuja en su libro Jiménez, no se limita, pues, a describir imprecisiones o errores conceptuales. Tampoco se agota en una labor de historización que revele las artimañas de los filósofos. Lo que propone Jiménez es quizá algo más sutil. Al lado de la historización de los conceptos, habría, del mismo modo, que realizar revisiones históricas con una mayor dosis de imaginación filosófica. Se trata, a un tiempo, de historizar la filosofía y de tomarse en serio los problemas filosóficos de la historia, todo ello en nombre de la asunción de un rol situado y activo (que no solo descriptivo) de los intelectua-

estadístico o el politólogo) posee un saber eminentemente técnico y localizado que dota su discurso de un alto grado de legitimidad social. El intelectual, en cambio, posee un punto de vista más abarcador y general y, en principio, tiene una posición más comprometida y crítica que la del experto en relación con la realidad que discute. Ese no es el caso de los intelectuales costarricenses agrupados por Jiménez bajo el título de nacionalistas étnico metafísicos. En todo caso, tal y como señalan Federico Neiburg y Mariano Plotkin en un texto de referencia obligatoria en torno a este tipo de temáticas, aun cuando intelectuales y expertos tienen una génesis histórico social que difiere, su relación en América Latina es de una “intersección productiva” (Neiburg y Plotkin, 2004, p. 17). En América Latina, pues, tanto expertos como intelectuales han sabido proveer al statu quo de una justificación en el ejercicio de sus poderes.

les. No basta, en suma, con sentarse a mirar los naufragios: es necesario saber cómo es que han ocurrido y, todavía, tomar parte en los esfuerzos por impedir que se sigan consumando.

MÁS ALLÁ DE LA AÑORANZA: LAS METÁFORAS DE OTRO PAÍS POSIBLE

Reinventar la nación para aminorar o tornar insoportables las injusticias es, según lo dicho anteriormente, una labor para la cual no basta con alumbrar las violencias del pasado. La labor filosófica forma parte, en tanto instancia productora de narraciones acerca de la vida social, de los esfuerzos por conceptualizar y proyectar mejores formas de convivencia y organización social. Pero esa labor de proyección de otras subjetividades no es factible, siguiendo lo planteado por Jiménez, sin mirar al pasado.

En su magnífico texto *El eco de la fantasía: la historia y la construcción de la identidad*, la historiadora feminista Joan W. Scott –adepta, como Jiménez, a las mixturas entre filosofía e historia– propone una rica imagen para pensar estas relaciones entre pasado e imaginación prospectiva. Según ella, dado que la labor historiográfica es incapaz de referir el pasado tal y como este ocurrió, más vale entender la relación con lo que ya ha sucedido a la manera de la relación que tenemos con un eco:

“... los ecos son retornos retrasados del sonido; son reproducciones incompletas, que normalmente solo devuelven los fragmentos finales de una frase. Un eco se salta grandes lapsos de tiempos (el sonido reverbera entre puntos distantes) y tiempo (los ecos no son instantáneos), pero

también crea lapsos de significado y de inteligibilidad.” (Scott, 2006, p. 120).

Si el pasado se nos presenta a la manera de un eco, nuestra relación con lo ya acaecido es una relación inevitablemente incompleta. Nuestra aprehensión de los hechos es, en consecuencia, una aprehensión ontológicamente degradada, lo que nos confina a realizar reconstrucciones siempre parciales. Según Scott, sin embargo, no hay razón para lamentarse de ello. En nuestros esfuerzos por descifrar los ecos del pasado, la fantasía nos permite lidiar con sus restos inaprensibles. No se trata simplemente de llenar los entresijos de la historia de forma antojadiza. Se trata de utilizar el pasado de una forma creativa para asumir críticamente las posibilidades de nuestra identidad presente. En ello, la fantasía juega un papel relevante. “La fantasía, como nombre o como adjetivo, hace referencia a juegos mentales que son creativos y no siempre racionales” (Scott, 2006, p. 115) y, en esa medida, antes que falsear el pasado, contribuye a completarlo de cara al futuro.

En tanto eco imperfecto signado por remanentes de acontecimientos no capturables, el pasado exige, pues, el uso de la imaginación y de la fantasía: “el eco es una fantasía; la fantasía, un eco: los dos están inextricablemente entrelazados” (Scott, 2006, p. 116). La posición de Jiménez, afín a la de Scott, también apuesta por los poderes creativos del lenguaje y la escritura. En concreto, Jiménez cree en una escritura capaz de devolver a los sectores subordinados su papel en los acontecimientos y, de la mano de ello, cree también en la posibilidad de que la filosofía contribuya a tornar factibles otros mundos. Es claro que Jiménez no asigna a la filosofía el poder mágico de trazar por ella misma nuevos universos culturales (¡por suerte el mundo

no se rige por los decretos de la filosofía!), pero en su criterio, como en el de Scott, el pensamiento sí es capaz de crear inéditas derivas políticas de significación.

Es por eso que, a contramano de los filósofos del nacionalismo étnico metafísico, Jiménez no articula sus análisis en nombre de una nostalgia por universos derruidos. El combustible de su filosofía no es, como en el caso de aquellos teóricos, la añoranza, sino la sed de futuro. A partir de la atención a los ecos imperfectos del pasado costarricense, *El imposible país de los filósofos* propone, así, algunos hilos desde los cuales tejer nuevos corpus filosóficos. De hecho, no creo osado afirmar que este libro inaugura una nueva generación de estudios filosóficos en el país.⁵

Así pues, me parece relevante analizar, tal y como lo hace Jiménez con los filósofos del nacionalismo étnico me-

5 La noción de inauguración es engañosa porque admite el equívoco según el cual los momentos fundadores no tiene nada detrás de sí. Cuando hablo de este libro como un libro inaugurador de una nueva generación filosófica no deseo sugerir, por ende, que haya aparecido espontáneamente (en todo caso, el propio Jiménez inscribe sus esfuerzos en una tradición crítica en la que incluye a Helio Gallardo, a Giovanna Giglioli, a Jorge Jiménez y a algunos otros filósofos nacionales más recientes). A lo que me refiero es el al hecho de que la obra de Jiménez, al confrontar los núcleos del nacionalismo étnico metafísico, desnuda una tradición de un modo que impide percibirla con la candidez del pasado. Con ello, Jiménez sentó las bases para que ocurrieran dos cosas: primero, que toda filosofía conservadora, en el futuro, no tuviera la opción de alegar ignorancia o inocencia; segundo, que las posteriores generaciones de filósofos pudiésemos escribir con conciencia del pasado de negación y complicidad ideológica de muchos de nuestros predecesores. En este último sentido, confieso que he entendido mi propio trabajo como una modesta continuación del de Alexander Jiménez.

tafísico, algunas de las metáforas de *El imposible país de los filósofos*. Mi intención no es develar, como en el caso del examen que Jiménez efectúa de los nacionalistas étnico metafísicos, qué es lo que esas metáforas ocultan sino, por el contrario, analizar las posibilidades que algunas de ellas ofrecen a la hora de revisar críticamente nuestro presente.⁶

Sin embargo, el asunto no es tan sencillo como dividir las metáforas entre aquellas que ocultan y aquellas que esclarecen. De hecho, como señala la teórica argentina María Luisa Femenías en su estudio acerca de la metáfora aristotélica, esas dos operaciones –la de exponer y de ocultar– tienden a superponerse:

“la metáfora muestra de qué modo lo semejante interactúa en un juego de diferencias que muestran y ocultan a la vez. Una analogía (y, más aún, una metáfora) destaca, a la par que oculta, rasgos considerados esenciales. Es decir, pone de manifiesto lo que a juicio de quienes la inventan o la utilizan es admitido como primordial. Invirtiendo los términos, una metáfora oculta algo que desea ocultar en la medida en que muestra lo que quiere mostrar, soldando una relación fija, un cierto modo, por así decir, de “ver el mundo”. Es cierto que probablemente toda metáfora se produzca en ese doble juego del mostrar y el ocultar” (Femenías, 2001, p. 72).

Este doble juego del mostrar/ocultar propio de las metáforas remite, pues, a comprensiones de mundo más o

6 Como es de esperarse en un texto de las dimensiones de éste, mi intención no es hacer un análisis exhaustivo de cada una de las metáforas propuestas en el libro. Antes bien, aspiro a mostrar brevemente el contraste entre las metáforas denunciadas por Jiménez y las que el propio autor propone –quizá sin admitirlo expresamente, en su lugar.

menos críticas. La utilidad analítica de las metáforas pasa, en consecuencia, no por mostrarlo todo (pues eso es imposible), ni tampoco por ocultar aquello que resulta intolerable, sino más bien por el modo en que nos permite acercarnos al mundo y conocerlo para poder cambiarlo. Dicho de otro modo, el empleo crítico de las metáforas se caracteriza por poner el mundo en movimiento o revelar su condición de procesual. Las metáforas que petrifican la realidad, que la congelan o la consideran dada, generan, por contrapartida, un atrofiamiento de las capacidades imaginativas. En tal sentido, no hay metáforas neutrales.

Así, si en las metáforas no hay nada inocente, y si su valía se decide en ese doble juego de mostrar y de ocultar, creo que las imágenes que emplea Alexander Jiménez se distinguen, contrariamente a las de los filósofos que critica, porque su objetivo primario es tornar legible aquello que ha quedado sepultado bajo otras capas metafóricas sedimentadas a lo largo del tiempo. Mientras las metáforas del nacionalismo metafísico referían un mundo acaso indeseable, las metáforas de Jiménez urden texturas y trazan surcos desde los cuales aventurar otros caminos. Allí donde las metáforas de los nacionalistas procuraban conservar un mundo, Jiménez se empeña en ponerlo en movimiento.

Por ejemplo, Jiménez emplea la metáfora de una “memoria desgraciada”. Por ello entiende “un estado de conciencia de la víctima [que] implica el reconocimiento de un daño aún no reparado y la búsqueda de la reparación y el resarcimiento” (Jiménez, 2005, 135). En el contexto de una tradición filosófica que negó sistemáticamente el conflicto y la lucha como parte del pasado nacional, la “memoria desgraciada” supone incluir una faceta truculentamente disimulada y que se desea hacer desaparecer u olvidar. En

esa medida, esta metáfora quiere dar cuenta de un pasado con víctimas.⁷ La “memoria desgraciada” supone, asimismo, que no todo en la historia costarricense fue fruto de un consenso o una negociación, sino que, por el contrario, hubo pugnas que decidieron los derroteros de la vida nacional. Es decir que, allí donde los nacionalistas metafísicos imaginan un pasado homogéneo regido por un destino único, Jiménez devuelve a ese pasado su carácter conflictivo, complejo y abierto. Frente a una historia decidida desde siempre por designios metafísicos, la “memoria desgraciada” postula el carácter abierto de los procesos sociales.⁸

Otro tanto sucede con la noción de “extraño cultural” (Jiménez, 2005, p. 174). En la terminología de Jiménez, los “extraños culturales” se oponen a los “extraños o enemigos naturales”. En este caso, la metáfora irrumpe para dar cuenta de un modo histórico de lidiar violentamente

7 La categoría de víctima, aunque ampliamente utilizada en las ciencias sociales y en los estudios sobre memoria histórica, no es la más afortunada de las nociones empleadas por Jiménez. De hecho, contrasta con otro tipo de conceptos que el propio autor emplea –como “lucha social” o “resistencia”– que, a mi juicio, poseen una mayor resonancia prospectiva que aquella, dado que asignan un rol activo y no pasivo a los sujetos subordinados.

8 Dada esa condición abierta del pasado que procura estimular Jiménez, cabe pensar en otras alternativas a la “memoria desgraciada”. Me refiero al hecho de que, si como lo señalé antes, las víctimas no siempre se imaginan como víctimas, sino también, a menudo, como sujetos en resistencia o lucha, entonces cabe pensar en una restitución de la memoria en la que el pasado se revisita no solo para paliar sus injusticias, sino para poner de manifiesto sus desniveles, sus distintas capas y estratos. El punto es que a veces esa revisión muestra que los sujetos contrahegemónicos no siempre se perciben derrotados; a veces esas revisiones, en suma, sirven para resucitar victorias olvidadas.

con la otredad, al tiempo que evidencia la posibilidad de otro tipo de relación hacia el futuro con aquellos que vienen de otra parte.⁹ Mientras que el “extraño o enemigo natural” establece un contrapunto negativo con el “ser nacional” debido a supuestas características insalvables de carácter anatómico/biológica (fundamentalmente, en el caso costarricense, características étnicas), el “extraño cultural” se presenta como alguien a ser reconocido. El “extraño cultural” reclama acogida; el “extraño natural” representa una amenaza –de ahí que en Costa Rica una de las “soluciones” políticas del pasado para lidiar con los “enemigos naturales” haya sido segregarlos, por ejemplo a través de cordones sanitarios (Jiménez, 2005, p. 174)–. Contra un fondo de naturalización de lo político, el concepto “extraño cultural” invita a reparar en el carácter histórico/social, y por tanto contingente, de las diferencias que nos separan de aquellos que percibimos –y con ello producimos como– distintos a nosotros. Asimismo, el “extraño cultural” no solo reclama acogida y respeto, sino que se trata de un sujeto cultural capaz de hacer un aporte único a la cultura, pues es capaz de ver lo que nadie más está en capacidad de percibir, tal y como lo apunta Jiménez en otra de sus obras: “puesto que no comparten el pasado del grupo, [los extraños] tienen una cierta autonomía para ver lo que no ven, por obvio o por costumbre, quienes siempre han estado ahí. Como el niño del cuento, el forastero es el único que sabe que el rey va desnudo” (2009, p. 73). Respecto de los “extraños culturales” no urge únicamente, según esta imagen, ejercer un trato acogedor, sino que es fundamental para una socie-

9 Sobre esta temática del trato hacia los forasteros véase, del propio Alexander Jiménez, *La vida en otra parte*. Migraciones y cambios culturales en Costa Rica (Arlekin, 2009).

dad cuidarles con especial ahínco, pues tienen una visión necesaria, por única, de lo que ocurre en un país. En la categoría de “extraño cultural”, así, la extrañeza pasa de ser un obstáculo a ser un bien por resguardar.¹⁰

Pero Jiménez también propone otras sugerentes metáforas referidas a la tensión entre lo posible y lo imposible. Es el caso del concepto “límite ideológico” (Jiménez, 2005, p. 229), concepto con el cual el autor se refiere a los procesos mediante los cuales los nacionalistas étnico metafísico echaron mano de la supuesta racionalidad constitutiva de “lo” costarricense para fijar unos límites de lo imaginable y lo pensable. El “límite ideológico” traza la frontera de lo ontológica y culturalmente posible. Asimismo, fija unos diques para lo que se considera razonable. Empero, así como la noción de Jiménez arroja luz sobre el modo en que los nacionalistas étnico metafísicos operaron para generar exclusión y producir un trasfondo de irracionalidad e inaceptabilidad, también pone en el tapete el carácter negociable de todo límite cultural. En una palabra, si esos límites son denunciables es porque para Jiménez también son ensanchables a través de otras prácticas y sujetos sociales. Aunque Jiménez no está interesado en un mundo desprovisto de normas culturales (no se trata de proponer, dado el carácter ideológico de los límites actuales, un mundo sin límite alguno), sí considera posible negociar y renegociar constantemente las normas sociales y también las posibilidades de inclusión que todo límite cultural involucra. En este sentido, la discusión a propósito de los límites impues-

10 En el límite, extraños culturales podríamos serlo todos. El extraño no es tal en virtud de su pertenencia a una minoría, sino a un dispositivo que lo produce como tal. La importancia política de la extrañeza, por lo tanto, pasa por su cuestionamiento de lo dado.

tos por el discurso filosófico atañe también a la discusión acerca del rol de la imaginación en el ensanchamiento de esos mismos límites.

La imaginación también juega un rol relevante en otra metáfora/concepto: la “desimaginación de sí” (Jiménez, 2005, p. 262). Como complemento de lo que Jiménez llama “imaginaciones generosas”, es decir, imaginaciones esforzadas en representarse a los otros a partir de sus similitudes con nosotros y no únicamente de sus diferencias, en *El imposible país de los filósofos* se hace referencia a la “desimaginación de sí” como la capacidad de desanudar la propia identidad a partir del trato con los otros. Dado que a lo largo de su libro Jiménez insiste en un tipo de identidad móvil y no anquilosada, la “desimaginación de sí” sugiere la posibilidad de deshacer núcleos identitarios cuando estos tienen efectos dañinos. El concepto asigna un valor a la duda y la auto reflexividad. Allí donde los nacionalistas étnico metafísicos poseían una certeza acerca de quiénes eran y de aquello que los definía como costarricenses, Jiménez plantea la posibilidad de pensar la nacionalidad como tarea o posibilidad abierta. En las antípodas del imaginario nacionalista de los étnico-metafísicos, la “desimaginación de sí” posibilita, así, un examen consciente y continuado de nuestras certezas. Se trata no tanto de una urgencia por determinar quiénes somos los costarricenses –puesto que el asunto es precisamente que según Jiménez no somos algo–, sino de un esfuerzo por desidentificarnos de aquello que produce sufrimiento. El futuro que abre esta metáfora tiene que ver, pues, con la posibilidad de imaginarnos siendo distintos a lo que creemos destinados a ser.

Como he dicho antes, este recorrido por entre algunas de las imágenes propuestas por Jiménez no quiere

ser exhaustivo. Antes bien, lo que he buscado mostrar es el modo en que *El imposible país de los filósofos* no se limita a demoler una tradición, puesto que, al lado de esa tarea, el libro también quiere tender puentes para una filosofía futura capaz de producir otro tipo de resonancias. Y si desde hoy el pensamiento crítico lanza su mensaje imperfecto hacia el futuro, el eco suscitado por la filosofía de Jiménez creo que habrá de producir otro tipo de reverberaciones distintas a la del nacionalismo étnico metafísico.

LA ESTELA CRÍTICA DE EL IMPOSIBLE PAÍS DE LOS FILÓSOFOS

Atendiendo al llamado de *El imposible país de los filósofos* a no dar la espalda al naufragio, creo que es importante no solo observar el tipo de metáforas que el libro propone en lugar de las desgastadas metáforas del nacionalismo étnico metafísico, sino también continuar algunas de sus discusiones.¹¹ En otras palabras, considero que cabe indagar en el influjo que el nacionalismo étnico metafísico sigue ejerciendo hoy por fuera de su ámbito de formulación originario (es decir, el académico/filosófico).

La posición de Jiménez respecto del influjo actual del discurso de los nacionalistas étnico metafísicos resulta, en

11 Dos filósofos costarricenses que han tomado esa estafeta son George García y Roberto Herrera. En el caso de Herrera hay no solo una réplica de algunos de los procedimientos metodológicos de Jiménez, sino también una continuación de sus análisis en otros campos y escenarios (por ejemplo, otros países latinoamericanos u otros períodos y grupos intelectuales de la historia costarricense). Los análisis de José Miguel Rojas en torno a la producción de música clásica en Costa Rica también pueden leerse como continuaciones de la crítica propuesta por Jiménez, aun cuando versen sobre un campo ajeno a la filosofía.

mi criterio, un tanto ambigua. En algunas ocasiones afirma que el mundo referido por el nacionalismo étnico metafísico es un mundo ya derrumbado (por ejemplo, en Jiménez, 2005, p. 70). En otros momentos, señala que “aún hoy es posible seguir sus ecos en producciones intelectuales, prácticas políticas y percepciones sociales” (Jiménez, 2005, p. 172). Es probable que ambas cosas sean verdaderas. En todo caso, Jiménez señala que su objetivo no es ponderar la recepción pública del discurso de los nacionalistas étnico metafísicos, sino analizar dicho discurso en cuanto tal.¹²

Más allá de las consideraciones del propio autor, sin embargo, considero que la retórica del nacionalismo étnico metafísico sigue permeando nuestro universo de significaciones de un modo constante. A saber, creo que aunque efectivamente el país que los nacionalistas étnico metafísicos procuraban dibujar resulta hoy quizá más desfasado que en el momento de su producción original, los tropos instalados por esos ideólogos regurgitan cada tanto y vuelven a emerger en los debates culturales actuales.

Que esos tropos sigan siendo hoy reactivables tiene que ver con la vigencia del proyecto de dominación del cual formaron parte. En otras palabras, creo que aunque, tal y como lo señala Alexander Jiménez, algunos de los postulados del nacionalismo étnico metafísico resultan hoy insostenibles, su posibilidad de continuar reensamblados, adaptados o actualizados en distintos contextos, tiene

12 Esto no es del todo cierto. *El imposible país de los filósofos* no se agota en el sentido de una arqueología foucaultiana (es decir, en una revisión del modo en que los saberes se han tornado epistémicamente posibles), pues el libro también da cuenta de algunas de las operacionalizaciones del discurso étnico metafísico en la vida pública.

que ver con el hecho de que el proyecto cultural y de clase que los nutría continúa hoy vigente. Dicho de otro modo, aunque muchos de los elementos imaginarios del nacionalismo étnico metafísico se han desgastado, desafortunadamente no ha ocurrido lo mismo con el proyecto de nación que los hizo surgir. Es así que aún cuando la Costa Rica de hoy difiere de la de mediados del siglo pasado por efecto de su maltrecha “inserción” en el mercado global neoliberal –“inserción” que ha aumentado brechas y fomentado nuevas formas de injusticia social–, todavía hoy pervive un imaginario nacional cargado de etnocentrismo, racismo, machismo, xenofobia, clasismo y fundamentalismo religiosos. De ahí que, pese al hecho de que los núcleos del imaginario étnico metafísico hayan conocido de retoques y modificaciones cosméticas para su adaptación a los nuevos contextos, lo cierto es que siguen teniendo siendo necesarios para las actuales modalidades de gobernabilidad empleadas en el país.

En consecuencia, quiero finalizar este ensayo proporcionando dos ejemplos de estas regurgitaciones del nacionalismo étnico metafísico.

El primero se refiere a la retórica de algunos partidos políticos religiosos costarricenses y a su utilización de categorías metafísicas como un modo de determinar el rumbo cultural del país.¹³ En Costa Rica esos partidos (por ejem-

13 Roberto Fragomeno ha señalado la curiosa ausencia en *El imposible país de los filósofos* del componente religioso como matriz discursiva complementaria de la de los nacionalistas étnico metafísicos. En su opinión, un faltante en la obra de Jiménez es el análisis de “la metafísica con la catequización de la democracia que proviene de una iglesia pródiga en la creación de metáforas aún más delirantes que la de los filósofos” (Fragomeno, 2005, p. 151). Es probable que lo sentido por Fragomeno como una ausencia o

plo el Partido Renovación Costarricense y el Partido Restauración Nacional) se han opuesto sistemáticamente al reconocimiento de derechos humanos básicos de algunas minorías y sectores. Las figuras políticas de dichos partidos han obstaculizado, sobre todo, proyectos relacionados con derechos sexuales y reproductivos. Lo relevante para nuestros efectos, no obstante, es el modo en que dentro de esos discursos se evoca, por ejemplo, la familia tradicional costarricense como criterio pertinente para la discusión política. En un contexto en el que se dirime precisamente la legitimidad del cambio de los parámetros desde los cuales se define una familia, estas figuras públicas evocan dicha institución como si fuera eterna e idéntica a sí misma desde siempre.¹⁴ Se trata de un recurso típico de los nacionalistas étnico metafísicos, pero que, a través de la tradición del derecho natural, penetran todos los ámbitos.

En una entrevista al diario *La República*, el diputado cristiano Fabrizio Alvarado, v. gr., señaló en relación con una iniciativa legislativa impulsora del matrimonio igualitario que dicha medida atentaría “contra las personas menores de edad y su estabilidad psicológica [y que] al afectar ese modelo (sic), de alguna manera se afecta la estabilidad de la familia, que es la base de la sociedad” (Caste, 2015). La evocación de una institución cultural como una esencia

vacío sea en verdad una omisión premeditada, aunque esto no reste validez a la crítica. Véase sobre este asunto la entrevista incluida al final de este libro, así como la contribución de Helio Gallardo al presente volumen.

- 14 Helio Gallardo y yo hemos discutido en otra parte la inconveniencia de emplear parámetros ahistóricos a la hora de referir y discutir experiencias humanas referidas a la sexualidad (Gallardo y Retana, 2016).

sempiterna e inmutable constituye, permítaseme insistir, una clásica operación de los nacionalistas étnico metafísicos. La apelación a la tradición como rasgo consustancial de la nación también: “...defender los derechos de la niñez es defender la posibilidad de que el niño y la niña tengan mamá y papá, que es la familia natural, que es la familia jurídicamente establecida en el país, sin que eso quiera decir homofobia, nosotros no tenemos problemas de homofobia, sencillamente que defendemos la familia tradicional, el matrimonio entre hombre y mujer, creemos que es lo que Costa Rica quiere y avala” (2015, Angulo).

En las declaraciones de Alvarado, Costa Rica –nótese la peligrosa personificación de la nación, tema sobre el cual volveré en breve– avala lo tradicional; pero lo tradicional es, también, lo natural. Esta superposición de planos metafísico, histórico y moral, abrevia en la tradición del nacionalismo étnico metafísico y supone una mezcla disparatada de ámbitos que las sociedades modernas se han esforzado en separar. Mi argumento no es que aseveraciones existen en la medida en que existieron los nacionalistas metafísicos. Tan solo creo que la tradición de la que esos filósofos forman parte instala una estructura retórica cuya circulación y abolengo tornan aceptables y potables opiniones como la de Alvarado.

Otro fenómeno que muestra la actualidad del discurso étnico metafísico costarricense proviene del mundo publicitario. Me refiero a la marca país *Esencial Costa Rica*.¹⁵ Las marca país constituyen un fenómeno reciente y constituyen una estrategia de marketing dirigida a posicionar las naciones en el contexto internacional del mismo modo

15 La marca país *Esencial Costa Rica* figura en el dominio esencialcostarica.com.

en que se posicionan los productos de consumo a través de sus logotipos. En América Latina países como Perú (Hay un Perú para cada quien), Ecuador (Ecuador ama la vida) o Colombia (Colombia: país diverso) han adoptado esa estrategia como modo de incrementar el turismo y de atraer capital extranjero.¹⁶

Sería sin duda un exabrupto explicar el surgimiento de la marca país Esencial Costa Rica atribuyendo su génesis al nacionalismo étnico metafísico. La adopción de esa marca obedece, como ya he señalado, a una tendencia internacional y a una lógica comercial que rebasa los límites del debate a propósito de la nacionalidad costarricense.¹⁷ En cambio, lo que sí creo posible es historizar el contenido de esa marca atendiendo a las críticas expuestas en *El imposible país de los filósofos*. En concreto, me refiero a la adopción, en dicha marca, de una serie de puntos de vista

16 Se trata de un acontecimiento tan curioso como significativo, en la medida en que da cuenta de hasta qué punto las naciones modernas dependen cada vez menos de conceptos clásicos como la soberanía y el territorio y cada vez más de las lógicas de consumo y de los flujos de capital. El asunto, sin embargo, excede los límites de este escrito, al igual que el análisis del mecanismo truculento a través del cual se ofrece una metáfora supuestamente unificadora de un país al tiempo que se borran no solo los conflictos y las pugnas, sino también las exclusiones sistemáticas sobre las cuales se asientan las identidades nacionales impulsadas por las jerarquías.

17 Sin embargo, el propio concepto de una marca país es deconstruible echando mano de las tesis de Jiménez, para quien “la noción de sociedad como personaje resulta discutible” (Jiménez, 2005, p. 221). Según Jiménez, en efecto, la personificación de los países constituye un método de abstracción que impide reparar en el rol histórico de los actores concretos que en la práctica hacen la nación. Las marca país incurren precisamente en este tipo de personificación.

sobre la “esencia” costarricense que mixtura de forma insólita la jerga tardocapitalista/empresarial de hoy con varias de las metáforas del nacionalismo étnico metafísico. Ya el propio *Decreto Ejecutivo No. 37669-RE-COMEX-TUR* del 22 de marzo del 2013, en el cual se declara de interés público el diseño y la implementación de la Marca País Costa Rica, recuerda al nacionalismo étnico metafísico al referirse a “la paz, la estabilidad política, social y económica del país” como rasgos a tomar en cuenta para la formulación de la marca en cuestión. Pero en la gestión propiamente dicha de Esencial Costa Rica, la reanimación de los motivos del nacionalismo étnico metafísico se torna palmaria. En Esencial Costa Rica lo propio de la nación costarricense es, ciertamente, la vocación por el trabajo, su raigambre campesina, su amor por la educación y la paz y el carácter antiguo y consolidado de su democracia, todos rasgos ensalzados por los nacionalistas étnico/metafísicos.

Por supuesto, esta imagen por sí sola resultaría hoy anacrónica. A ella ha de agregarse la imagen de un país verde, competitivo, emprendedor y productivo. Se trata, en esta medida, de una mezcla entre un imaginario del progreso con el viejo tropo de la excepcionalidad y el pacifismo costarricenses. La atribución de rasgos sicionaturales a la nación permite transitar de lo metafísico a lo cultural sin ambages.¹⁸

Desde esta perspectiva abiertamente esencialista (tal y como es posible constatar ya desde el propio eslo-

18 De hecho, como podrá comprobar cualquier lector de *El imposible país de los filósofos*, la atribución de rasgos sociológicos derivados del paisaje y la geografía es, desde Láscaris y sus retratos enmontañados de los costarricenses, un lugar común en los filósofos étnicos metafísicos.

gan Esencial Costa Rica) la nación queda inhabilitada para todo tipo de transformación, pues el país posee unos rasgos que le son supuestamente inherentes. La situación replica la atribución de los nacionalistas étnico metafísicos de una supuesta racionalidad constitutiva de “lo” costarricense. Como apunta Jiménez, “...la versión más fuerte de esta interpretación [se refiere, claro, a la de los nacionalistas étnico metafísicos y no a la marca país] llega a considerar que no son los sujetos, sino los mismos países y sociedades, quienes tienen capacidades subjetivas de racionalidad filosófica y política. Costa Rica aparece así como un ser individual de naturaleza racional, como una persona” (2005, p. 122).

Si en el nacionalismo étnico metafísico la petrificación de la nación operaba en función de imaginar un país imposible, por puro y carente de conflictos, el imaginario de Esencial Costa Rica no es menos truculento, pues provee una imagen de “lo” costarricense que borra de un plumazo conflictos ambientales, asimetrías económicas, procesos de exclusión, de marginación y de empobrecimiento. Se trata de una reactivación de los mitos del nacionalismo étnico metafísico, pero en una versión tecnocrática al estilo del siglo XXI. Aún con ajustes, Esencial Costa Rica recupera la retórica criticada por Jiménez, con lo cual se advierte la vigencia de esa vieja retórica filosófica. Todo ocurre, pues, como si en Costa Rica, todavía hoy, algunos sectores continuaran creyendo en la viabilidad de aquel país imposible dibujado por los filósofos.

CONSIDERACIONES FINALES

Como anuncié al inicio, mi intención ha sido mostrar en estas líneas la vigencia analítica de *El imposible país de los*

filósofos. Dado que, en mi lectura, se trata de un libro que delimita varios umbrales, he querido mostrar cómo su pertinencia no es solo retrospectiva, sino también prospectiva. Considero, por lo tanto, que éste es un libro que habremos de seguir leyendo, pues los ideogemas que desactiva son todavía hoy nuestros ideogemas (claro que en versiones reensambladas y quizá ya no primordialmente académicas). Pero si *El imposible país de los filósofos* no se limita a demoler una tradición, sino que se esfuerza por sentar las bases de una nueva forma de filosofar, habría también que agradecer a Jiménez la generosidad con que ha abierto nuevos trillos para que otros recorramos. El de Jiménez es, en suma, un gesto generoso, no solo porque nos realiza a los teóricos más jóvenes una invitación y una provocación, sino también porque es un libro que reclama de sus lectores que subamos a bordo. Por eso es un libro que habremos de seguir leyendo: porque, bajo el riesgo de nuevos naufragios, es deseable que las tempestades nos encuentren juntos.